La defensa de las mujeres
Un Encuentro entre el tejido y la resistencia

por Virikota

Este texto se escribió desde el corazón de un ser que ha luchador desde los cuerpos feminizados y la transfobia que se vive en Turquía, gracias Asli

El Mor Cepken (chaleco morado)

Es un poderoso símbolo de la cultura yörük que las mujeres utilizaban antaño para resistirse a la violencia doméstica. Cuando una mujer llevaba este chaleco distintivo y entraba en la plaza del pueblo, servía como declaración pública: "Sufro violencia y quiero el divorcio". Este acto de testimonio visual no sólo suscitaba el apoyo de la comunidad a la mujer, sino también la condena social del marido maltratador.

El Beyaz Tülbent (pañuelo blanco)

En la sociedad kurda, el pañuelo blanco (Beyaz Tülbent), que tradicionalmente llevan las mujeres, se ha convertido en un potente símbolo de paz, resistencia y dolor materno. Su mayor visibilidad surgió a través de las Madres de la Paz (Dayikên Aştiyê), un grupo de mujeres, muchas de ellas madres de guerrilleros fallecidos, que comenzaron a movilizarse a mediados de la década de 1990 para exigir el fin de la violencia y hacer un llamamiento a la paz. Ataviadas con pañuelos blancos, estas mujeres protagonizaron protestas pacíficas, caminaron hasta Ankara y lloraron públicamente a sus hijos, convirtiendo el tülbent en un símbolo de su autoridad moral y su valentía. Su postura coherente y no violenta obtuvo el reconocimiento público a pesar de la represión estatal. El acto de depositar el tülbent blanco en zonas de conflicto o en edificios gubernamentales se convirtió en una poderosa llamada al alto el fuego, enraizada en la tradición kurda, según la cual arrojar un pañuelo blanco podía poner fin simbólicamente a una pelea. Con el tiempo, este simbolismo se profundizó a través de campañas mediáticas, protestas y momentos conmovedores como el asesinato de Taybet İnan, cuyo pañuelo blanco manchado de sangre se convirtió en una cruda imagen de la violencia estatal contra las mujeres kurdas.

Más allá de sus connotaciones políticas, el tülbent blanco tiene múltiples significados culturales. Funciona como marcador del estado civil -las mujeres casadas llevan pañuelos blancos bordados con oya, mientras que las viudas llevan pañuelos lisos- y significa la feminidad tradicional en contraste con la modernidad urbana, a menudo representada por el pañuelo occidental. Las mujeres también han utilizado el tülbent en las labores domésticas (en la fabricación de queso y yogurt) y en el cuidado de los niños (como envoltura protectora para los bebés).

Fondo de [A]poyo Mutuo, Calendario 2026

La defensa de las mujeres

Un Encuentro entre el tejido y la resistencia

Su presencia en bodas y funerales -llevado por mujeres que cantan historias orales, lamentos y canciones- convierte al pañuelo en un archivo vivo de la memoria colectiva. Como objeto cotidiano y dispositivo político, el tülbent blanco encarna la resistencia, el cuidado y la conciencia histórica de las mujeres kurdas, convirtiéndose no sólo en símbolo de paz, sino en portador de un legado matrilineal ininterrumpido.

La tela bez

Este tipo de tela en particular ha sido durante mucho tiempo un testigo silencioso y un componente activo del trabajo, el cuidado y la resistencia de las mujeres en Turquía. Aunque suele asociarse a usos domésticos mundanos -como trapos de limpieza, pañales para bebés, paños para la menstruación o pañuelos tradicionales-, el bez tiene profundas connotaciones históricas y de género. Históricamente tejida y reutilizada por mujeres en el hogar, la tela materializa las difusas líneas entre producción y reproducción, privado y público, trabajo invisible y político. Con el tiempo, ha pasado de ser un objeto de higiene rutinaria a convertirse en un archivo cultural del trabajo de cuidados no remunerado de las mujeres y de sus funciones sociales. En momentos de crisis económica y conciencia ecológica, las prendas reutilizables han resurgido como símbolos tanto de práctica sostenible como de responsabilidad de género. La tela también media en los cuerpos de las mujeres y las expectativas sociales, sirviendo como fuente de regulación (como en los paños menstruales o taharet bezleri para la limpieza) y como espacio para la memoria cultural, desde las dotes hasta los rituales de crianza.

Pero la tela es algo más que un material funcional: también se ha convertido en un vehículo de resistencia y solidaridad. Desde las mujeres que colgaban trapos de limpieza amarillos de las ventanas durante las protestas del Primero de Mayo en la época de la pandemia hasta los actos de rebeldía de los trabajadores de la limpieza despedidos por sus "trapos gastados", el bez ha significado las luchas laborales colectivas y la exigencia de visibilidad y dignidad. El uso de trapos de limpieza en las protestas feministas o el rechazo a ser desechado como un "trapo de hospital usado" por parte de los trabajadores hospitalarios en huelga habla de la materialidad del cuidado como una carga de género y un lugar potencial de insurgencia. La ropa, por tanto, no es sólo un material de mantenimiento, sino también un tejido de disensión, entretejido con los hilos del trabajo de género, la desigualdad de clases y la resistencia feminista en la larga historia de lucha social de Turquía.

La defensa de las mujeres

Un Encuentro entre el tejido y la resistencia

Tejido de punto y encaje

El tejido de punto y el encaje -tradicionalmente considerados trabajos manuales femeninos- han desempeñado múltiples funciones en la historia cultural de Turquía, configurando la estética doméstica, las prácticas económicas y las expectativas sociales. Estas prácticas, antaño vinculadas a la artesanía de las mujeres rurales y a los ideales nacionalistas de feminidad de la primera República, se formalizaron en institutos femeninos que formaban a las futuras amas de casa en labores decorativas. Tanto si simbolizaban la modestia y el orgullo doméstico a través de las "oyas" (bordes de ganchillo) como si se tejían en dotes y se exhibían en apartamentos de clase media, los tejidos hechos a mano eran portadores de códigos sociales. Con el tiempo, reflejarón tanto el control social como la autoexpresión íntima. Los nombres de las piezas -como kaynana dili (la lengua de la suegra) o hanım dilendi bey beğendi (la dama rogaba, el caballero gustaba)- revelaban cómo las conversaciones cotidianas, las emociones y la resistencia se entretejían en los tejidos. A medida que avanzaba la industrialización y se imponía la moda rápida, el tejido a mano perdía terreno, pero seguía siendo culturalmente resistente.

En las últimas décadas, el punto ha resurgido no sólo como un pasatiempo nostálgico, sino también como un medio para el arte feminista y la solidaridad. Desde las revistas de los años ochenta que reforzaban la feminidad doméstica hasta los fanzines feministas como Kaktüs, que criticaban las condiciones laborales de las mujeres, el punto y el encaje se convirtieron en campos de batalla políticos. Artistas contemporáneas como Gözde İlkin y Mehtap Baydu utilizan el tejido de punto para criticar los binarios de género y la mirada masculina, mientras que movimientos de base como On Ekim Dayanışmas Örgülü Mücadele convierten el hilo en herramientas de luto, memoria y protesta. La era digital también ha ampliado el alcance y el mercado de la cultura del punto -a través de personas influyentes, plataformas tipo Etsy y mercados municipales-, aunque no sin reforzar las normas laborales de género. No obstante, las nuevas generaciones no solo tejen prendas, sino también nuevos significados, uniendo cuidado, crítica y poder colectivo en cada bucle y puntada.

La Mor Igne (Aguja púrpura)

Mor İğne (Aguja púrpura), refleja su significado simbólico y político como herramienta histórica de la autodefensa de las mujeres y de la resistencia feminista colectiva en Turquía.

La campaña Aguja Púrpura surgió a finales de la década de 1980 en Turquía como un acto feminista de autodefensa y una protesta contra el acoso sexual normalizado en los espacios públicos. Esta herramienta simbólica y práctica, que se originó en los transbordadores de cercanías de Estambul, donde las mujeres distribuían imperdibles y hacían demostraciones de cómo utilizarlos contra los acosadores, no tardó en adquirir notoriedad. Más que un dispositivo de autoprotección, la aguja morada desbarató el lenguaje eufemístico que durante tanto tiempo había minimizado el acoso como una mera "tomadura de pelo" (sarkıntılık), forzando el reconocimiento de la violencia sexual como un delito estructural y punible. Las feministas recuperaron el imperdible -un objeto cotidiano y doméstico que las mujeres suelen llevar en la ropa o en el bolso- y lo transformaron en una herramienta de defensa accesible y en una insignia de solidaridad.

Las campañas se extendieron por todas las ciudades de Turquía, acompañadas de paneles públicos y movilizaciones feministas bajo el lema *"No abandonaremos las calles, ni siquiera de noche"*. Estos esfuerzos desafiaron no sólo la violencia machista, sino también los puntos ciegos patriarcales del Estado y de los movimientos de izquierda.

La aguja violeta se convirtió en un hito histórico del movimiento feminista turco, catalizando debates más amplios sobre la violencia sexual, la autonomía corporal y la reforma legal. Los colectivos feministas la utilizaron no sólo por seguridad, sino para cambiar el discurso público y reclamar visibilidad en espacios públicos dominados por hombres, como bares y calles. Desde actos espontáneos de resistencia colectiva hasta campañas que condujeron a la derogación de códigos penales discriminatorios (como el artículo 438, que reducía las penas para los violadores de trabajadoras sexuales), la aguja morada formaba parte de una praxis feminista más amplia arraigada en la hermandad, la organización de base y la protesta encarnada. Era tanto un elemento disuasorio como una declaración: un símbolo feminista que empoderaba a las mujeres para alzar la voz, defenderse unas a otras y desbaratar el patriarcado en sus propios términos, públicamente, colectivamente y sin pedir disculpas.

Fondo de [A]poyo Mutuo, Calendario 2026